

I. ¡Suenan los relojes! ¡El Tiempo!

Suenan los relojes! ¡El tiempo que llama y nos recuerda, corazón, que vivimos!

¡Suenan los relojes! ¡Minuto! Y en él se va hacia el fondo -eternidad, vacío-nuestro yo verdadero para siempre.

¡No te vayas, minuto; corazón, no te escapes!

V. Agua clara, cómo

Agua clara, cómo sonríes cuando llego a tu orilla, nostálgico.

Sonríe, agua; sé que tú sabes más: has tenido, golosa, su desnudez perfecta prisionera. Si se te ve la huella del seno primoroso, del ligero pie, del redondo vientre. ¡ Y sin embargo no sabes su secreto!

XV. Por Dios, no te desnudes, que puede

Por Dios, no te desnudes, que puede salir huyendo la rosa, volver la cara al jazmín, cerrar los ojos al agua...!

GAVILLA DE LUMBRES

Vas por la casa. Vienes. Te adivina el amor. O la sangre. La penumbra traspasada de gozo, se acostumbra: fiel a la desnudez que te ilumina.

Entras y sales: andas. Pones, fina, las manos sobre todo. El aire encumbra los ojos para verte: lo deslumbra tu carne, que sus gozos encamina.

Ni sandalia siquiera. Sólo pasos tuyos aquí y allá. Tu maravilla fulmina sombras, eludiendo ocasos.

Sí: resplandesces. Toda tú, gavilla de lumbres puras. Ábreme los brazos que, dorado por tí, mi mundo brilla.

PLENITUD

Yo no sé. Tal vez una algarabía de pájaros. Un hondo son de abejas.

¿ Por qué en la sangre ? Tú, que en ella dejas que cante el sol y que madure el día.

Como quien sueña. Como quien la vía equivoca. ¡ Qué altas son tus rejas! Un ímpetu. Una espera. Tú te alejas.

¿ Qué horizontes traspone la alegría ?

Los trinos. El rumor. La sangre avanza, entre asombro y asombro. Sometida a tu conturbadora lontananza:

¿ Por qué la sangre ? Tú, que en su corriente te abandonas. O cantas. Tú: la vida en plenitud de fábula y de fuente.

ACOSO

Ilumínate más. Tenme al relumbro de tu aureola, para que mi día se vuelva árbol de cálida alegría en flor de rumorosa mansedumbre.

No procuran más ramas por costumbre para su desatada algarabía mis pájaros. Ten, pues, el alma mía sujeta, sin más treguas, a tu lumbre.

Radiante vas y vienes, dondequiera que tu mano sin fin funda reposo y dibuja tupie, dulce pradera.

Ilumíname más: hasta el acoso más implacable. Y no halle ya manera de escapatoria alguna el alborozo.

PRESENCIA

Caiga tu mano esbelta, como un pacto de implacable dulzura, entre la mía, y será una corola ardiente el día y un solo himno el corazón intacto.

Fulguren tus miradas, en un acto de inmarcesible luz: tu compañía, y encontrará en mi voz la poesía, como una rosa, su temblor exacto.

Florezca de repente tu sonrisa sobre los cuatro puntos cardinales donde el sueño apacigua ímpetu y prisa.

Y tornará encendida la existencia a los más cristalinos manantiales que resume tu cálida presencia.

BREVE ANTOLOGÍA EN VERSO DE PEDRO PABLO PAREDES. Selección y Notas: José Antonio Escaloña-Escalena. Prólogo: J.J. Villamizar Molina. Italgráfica. S.R.L., Caracas, 1.987.